



XXIII

La aldea abandonada.

A fines de Septiembre, una invitación inesperada me hizo pasar unos días en un rinconcito perdido en la costa bretona. Mi condiscípula Juana, que es viuda y tiene dos hijas, ya mujeres, me escribió: «Estoy enferma, tú las pasearás. Estoy triste, tú me curarás.» Tomé el tren, pasé en él muchas horas y llegué á la estación que Juana me había indicado en su carta; pero aún estaba muy lejos de la casa de mi amiga.

El calificativo *perdido* es el que conviene al pueblecillo adonde yo iba, un pueblecillo perdido entre las olas del mar y las ondulaciones de la tierra bretona, lejos de los caminos de hierro, lejos de toda población de alguna importancia, desconocido para los bañistas, adivinado solamente por los automovilistas que van á Bretaña y que, por un momento, pueden ver desde lo alto de una colina, á dos kilómetros de distancia, dos playas separadas por un cabo, y allá, en el promonto-

rio, entre unos campos de avena y de centeno y una landa, un grupo de casitas blancas, evidentemente «desprovistas de interés.» Juana me había hecho la descripción del pueblo.

En el patio de la estación me esperaba un cochecillo. El conductor no era del oficio; era un colono que como tenía buenos caballos y gran afición á los ventorros y á la dulce sidra, consentía, mediante una retribución, y siempre que las labores del campo no se lo impidieran, en hacer la larga caminata que las paradas del trayecto prolongaban. Colocó mi equipaje en la trasera, hizo que me sentase á su lado, en el pescante, y, sin pedirme permiso, juzgándome tan hospitalaria como él lo era, invitó á subir al coche sucesivamente, á cuatro ó cinco amigos que nos fuimos encontrando en el camino, y que nos acompañaron durante media hora cada uno. Los tomábamos á la entrada de un sendero; los dejábamos un poco más lejos, á la entrada de una vereda. Incesantemente subíamos y bajábamos cuestras sin que la yegua acortara el paso. Dos manchones de blanca espuma marcaban á cada lado del lomo el sitio en que caía y se levantaba acompasadamente una correa de los arreos. El cochero, que estaba ébrio y cabeceaba en el pescante como un manzano en el mes de Mayo, la dejaba correr, con los ojos soñadores fijos en el espacio. Sonreía vagamente al peligro de los relejes y de las curvas, al encuentro brusco con los carros y los coches, contra los cuales estábamos siempre á dos dedos de embestir. Hubié-

rarse dicho que de lo alto le habían asegurado que no había de volcar nunca. Debía de creerse en el mar libre. Le pregunté:

—¿Cuántos kilómetros faltan?

—Tres ó cuatro leguas bretonas, sobre poco más ó menos.

En recorrer las tres ó cuatro leguas bretonas multiplicadas por él sobre poco más ó menos, invertimos toda la tarde; ante mis ojos desfilaron prados pequeños siempre en cuesta, siempre bordeados de olmos desprovistos de follaje; barrancos profundos, en el fondo de los cuales se adivinaba el agua por lo crecida que estaba allí la hierba; llanuras cultivadas; arboledas coronando las colinas, arboledas sin castillos, avenidas señoriales de un señor desaparecido; campos cubiertos de helechos y de matorrales en donde alguien, que ya no existe, ha debido sentarse para contemplar la sombra azulada de las cañadas y la luna que aparece en el cielo saludada por los grillos. El colono que guiaba el coche era un hombre taciturno, pero más que taciturno, tímido. Por algunas respuestas breves que conseguí de él, comprendí que era un hombre bastante bueno, pero que tenía miedo de dejar adivinar los sentimientos religiosos peculiares á su raza. Temía que le traicionasen, que le hiciesen víctima de vejaciones que me era imposible precisar. Allí, lo mismo que en las ciudades, tropecé con el miedo. Una mujer hubiese sido menos precavida y más valiente.

Al entrar con mi guía en la sala baja de un ventorro bastante bueno y muy limpio, ví junto á la chimenea, una repisa de madera forrada de papel dorado y adornada con conchas y candeleros de plomo, en la cual repisa había una imagen de la Virgen. Dos hombres, cada uno de los cuales llevaba del diestro dos caballos magníficos, enganchados á un carro lleno de fuco fresco, se pararon delante de la puerta y entraron, llevándose la mano al sombrero. Eran dos labradores ricos de la provincia, padre é hijo, y pocas veces he visto rostros de aldeanos de facciones tan bellas, tan correctas como las de aquellos dos bretones rubios. Pidieron un vaso de ron,—de qué Jamaica, ¡ay!—lo bebieron de pie, de un trago, y volvieron á emprender la caminata hacia su granja.

Llegué al anochecer, á la hora en que aún queda en el mar una vaga claridad en tanto que las piedras y los árboles están ya envueltos en sombras. No me había engañado Juana; ante mis ojos tenía yo el panorama inmenso y agreste que me había anunciado; rocas, playas inundadas y niveladas cada vez que sube la marea, y en las cuales no se ve una *villa* que interrumpa su graciosa curva; dunas cubiertas de plantas silvestres, campos sembrados, y dominándolo todo, el cielo. Mi amiga vive á un cuarto de hora de la costa, en un caserón solariego que seguramente no ha tenido jamás un amo pródigo, y que se ha quedado sin torreones, sin esculturas y sin parque.

Estamos en medio del campo, sin foso, sin cerca,

sin transición. Razón de más para estudiarle un poco. He tomado mis informes. Y tanto los hombres como las cosas me han hablado de su abandono.

El «puerto» ha sido cabeza de partido y ya no lo es. El viento de la costa del que se ha querido huir, una carretera de primera clase á la que han querido acercarse: he aquí las razones que han motivado este cambio. La iglesia nueva, la alcaldía, varias tabernas, la tienda de comestibles, el estanco y el correo, se han agrupado en lo alto de la colina, á dos kilómetros de la costa. Aquí no quedan más que casas viejas, unas blanqueadas, otras grises como la aulagas secas, en donde viven pescadores de maquereles y de congrios, aduaneros, picapedreros y dos ó tres labradores que tienen sus tierras junto al mar. La mayor parte de los labradores viven en granjas aisladas, diseminadas por el valle, ocultas tras los hayedos. ¡Paz profunda, idilios campestres, leyendas bretonas! ¡Ay! Todo esto podía existir, pero no existe. Todos estos pobres están, lo mismo que los ricos, divididos en vencedores y vencidos. En esta comarca, durante tanto tiempo plácida y sana de espíritu, las peores mentiras se van abriendo camino, y luego nadie puede reparar los estragos que hacen. Antes podía repararlos un hombre, el cura, siempre que fuese un verdadero sacerdote. Pero se han dado tan buena maña para hacerle blanco de todas las desconfianzas y de todos los odios, que la mitad de sus feligreses no tienen ya ningún guía, ninguna persona que les dé ejemplo cuando sea necesario re-

solver una cuestión moral, social ó patriótica; ni cuando se trate solamente de evitar una falta contra la higiene ó contra el buen gusto.

La iglesia antigua estaba edificada en la ladera de una landa, junto á los acantilados; era de granito rojo, de un estilo bellissimo del siglo XIII; parecía una fortaleza por el espesor de sus paredes, y ostentaba columnas y gran número de ventanas de gran pureza de líneas. Con que hubiese habido un feligrés cuidadoso, con que hubiese vivido en el pueblo un hombre de buen gusto, se hubiese conservado esa venerable joya. De la nave ya no quedan más que las paredes. El coro es lo único que está intacto. Sirve de capilla para la población del puerto. Cuando se entra en la sacristía se ve, á través de una ojiva, el mar, que está á una profundidad de cuarenta pies, y las crestas de los escollos, siempre rodeados de espuma, y el cielo, que tan á menudo toma en Bretaña un color violado, como los brezos marchitos.

Una mujer me ha dicho: «Hay aquí una viuda que cura á los enfermos, que asiste á las que dan á luz y hace lo que puede para que nadie pase hambre ni frío en el invierno. Todos la quieren, excepto los que la «compadecen» porque es devota. Es una verdadera hermana de la caridad. Su marido era piloto muy lejos de aquí. Tiene para vivir, pero ya no tiene para dar, y yo sé lo que esto la hace sufrir».

He escuchado otra frase, una de esas frases que me conmueven, porque son, sencillamente, el resumen de

lo que siente un alma que rara vez deja traslucir lo que siente

Por casualidad la pronunciaron delante de mí. Yo subía por los sembrados al obscurecer, y me dirigía á la casa de mi amiga. En la encrucijada, en el lindero de las tierras, había una tartana. El hombre que llevaba del diestro á los caballos, un buen mozo, el mismo que ví entrar con su padre en la posada el día de mi llegada, levantó la mano, cogió las riendas y detuvo los caballos. No lo hizo para que éstos descansasen. Acababa de ver al único «bañista» que había ido á aquel pueblo desierto, un abogado del Este, desconocido aquí hace tres semanas, y á quien, sin embargo, la gente del pueblo y del campo ha tomado cariño; hacía por él lo que tal vez no hubiese hecho por su amo: procuraba hablarle sin ningún interés, por pura simpatía. ¿Qué había sucedido? Nada que no fuese natural, al parecer. Este forastero, como tantos otros, había querido conocer á los marinos, á los aldeanos, á los niños, á los viejos, á los pobres. En los encuentros fortuítos, les había dado los buenos días y cambiado con ellos algunas palabras; pero, contra lo que hacían otros forasteros, había mostrado un corazón sin curiosidad, sin vanidad, un corazón amigo y abnegado; también había conseguido reunir una vez, una vez sola, en un pajar cedido por Juana, á las familias de los colonos vecinos, y les había contado historias en las que revivía Bretaña y de las que Dios no estaba excluído. Los oyentes de la semana anterior, paraban á

la sazón á su amigo en los caminos. Y esto es lo que hizo el colono en la encrucijada.

—¿De modo que se marcha usted mañana?

—Sí.

—¿Volverá usted otro año, no es verdad?

—Tal vez.

Y el apuesto bretón respondió gravemente, estrechando la mano del forastero que se marchaba:

—Procure usted volver. Porque no hace más que un mes que está usted entre nosotros, y, sin embargo, parece que ha nacido usted aquí.

El carro siguió su camino. Yo me metí por el sendero. Pero no podía olvidar las palabras de aquel aldeano, filósofo sin saberlo, y que acababa de expresar el afán de una sociedad rural, incompleta y apenada por su abandono.



XXIV

La quinta de la Rueca.

HABÍA muchas quintas de la Rueca en la Francia que conocieron nuestras abuelas, muchas granjas y hogares en donde se conservaba la costumbre de hilar el lino con el que luego se había de tejer el lienzo para las sábanas y las camisas. La quinta de que os hablo y que lleva el nombre del instrumento que todas las manos de mujer, las manos rudas y las manos blancas hacían girar, está situada en un lugar agreste é inmediato al mar. Le llamo agreste, porque en él hay pocos caminos á través de los campos, aulagas en las cunetas, palabras del dialecto del país en las bocas de los aldeanos, y en el corazón de todos los habitantes, sean nobles, burgueses, artesanos ó labradores, una secreta desconfianza hacia todo lo que viene del extranjero por tierra, tanto hacia las mercancías como hacia los comerciantes, y hasta hacia las ideas: en cambio lo que llega por mar es generalmente bien re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

cibido. La casa, construída con morrillo, techada con fuertes tejas de pizarra cubiertas de verdín por la humedad, tiene al Oeste un jardín y al Este un prado, que la rodean de aire, de luz y de un perfume de flores ó de hierba. Delante del jardín hay un bosquecillo de encinas cruzado por el mal empedrado camino. Y el parque, es todo el campo que hay en torno de la casa, los sembrados separados unos de otros por senderos llenos de árboles, los minúsculos barrancos que llevan hacia la costa arroyos invisibles, las innúmeras veredas, desiertas siempre, excepto en la época de la siembra y de la recolección, y que en el medio tienen un reguero de finísimo polvo en el que la patita de un gorríón, de una ardilla ó de una liebre imprime una huella persistente. Pero no hay, en muchas leguas á la redonda, nada que iguale en belleza al hayedo de la quinta de la Rueca.

Si alguna vez pasáis cerca la reconoceréis por lo que voy á deciros. Del hayedo arranca un camino que baja hasta el mar describiendo un semicírculo. Al principio, la pendiente es suave, pero no tarda en tornarse más rápida, y el sendero se interna en un barranco cuyas paredes tienen diez metros y hasta veinte de elevación; está obstruído por pedazos de roca que arrastran los torrentes durante el invierno; hace un recodo, y de repente se espacia para recibir la alegría del agua corriente. Una pequeña pradera y un reducido arenal le separan de la bahía. En aquel punto se puede desembarcar. Hay allí una roca con

un poste para amarrar las embarcaciones. Lo maravilloso es que el barranco es un camino cubierto y que las hayas de cada ladera se inclinan hacia la de enfrente y cruzan y entrelazan sus ramas por encima del sendero. Á lo largo de las pendientes brota el musgo entre sus raíces; tienen troncos muy cortos, que á poca distancia del suelo esparcen sus ramas, troncos que se «abren en abanico» y que son de un gris rojizo durante el otoño y aparecen veteados de azul cuando se renueva la savia. Apenas si se adivinan las ramas altas que se elevan por encima de este túnel de follaje. Toda su sombra, todo su ramaje, todos sus rumbos, todo el perfume de sus hojas caídas pertenecen al sendero. El sendero es de la quinta de la Rueca.

La mujer que vivía en la casa—de esto hace aún pocos años—no había salido de la quinta desde el día que se instalara en ella á raíz de su matrimonio, y en ella había vivido dichosa y rodeada de gente, y en ella vivía á la sazón completamente sola, pues era viuda y no tenía más que un hijo, que todos los años pasaba el mes de Agosto en la quinta de la Rueca. Llegaba de París en un tren que se detenía á la entrada del puertecillo, al otro lado de la bahía, y tomaba un bote para atravesar el brazo de mar. La señora de Guéméné le esperaba en la playa, á la sombra de la última haya. Juntos subían luego por el camino cubierto y tortuoso, por aquel camino maravilloso que les era tan querido como la cubierta de un libro que encerrase sus pensamientos. Se paraban para manifestar su conten-

to por volverse á ver:—¡Tienes buena cara! —Es la alegría! —¡Y estás hecho un hombre! ¡Todo un hombre! Con tu hermosa barba rubia, en Oriente te tomarían por un personaje, serías negociante! Mírame, ¿sabes que has crecido? Me maravilla el tener un hijo tan grandullón. —Y á mí el tener una madre que no envejece. ¡No se te ve una canal!

La señora Guéméné, una mujer pequeñita, de facciones delicadas, que estaba muy cerca de los cuarenta, había conservado de su juventud, tal vez de su infancia, una sonrisa seductora que la edad había embellecido prestándola una expresión melancólica. Su hijo desembarcaba preocupado con el movimiento de París. Hablaba de proyectos industriales tan variados como la inventiva humana, proyectos que había estudiado y que le apasionaban; de teatros, de exposiciones, de conciertos y del torbellino mundano, es decir, del círculo bastante reducido en el que vive cada cual. La madre le escuchaba; aquello la interesaba, hasta la entretenía algunas veces; jamás le inspiró envidia. Y él se maravillaba de ello.

—Para mí es un misterio—decía.—¿Cómo puedes vivir todo el año sola en la quinta de la Rueca? El verano, pase: vienen á verte algunos vecinos del campo, ó los bañistas instalados en los hotelitos de la costa; tienes una temporada al lado á tu hijo. Pero, ¿y el invierno? ¿y la primavera? ¿y el otoño? Confiesa que las conversaciones con tus colonos, tus lavanderas y tu jardinero no serán muy entretenidas...

—Muy entretenidas, no; pero tampoco tengo edad de divertirme, hijo... Son más animadas de lo que crees. Y, además, olvidas que tengo otro interlocutor.

—¿Cual?

—Yo misma, y que con nosotros mismos sólo hablamos bien en el desierto.

—¿Y, de qué hablas contigo misma?

—De tí, sobre todo.

—¡Si ya casi no me conoces!

—Te conozco lo bastante para pensar, prever y preocuparme; ¡ya ves que esto es vivir!

Las corpulentas hayas verdes los oían reír.

Desde hacía algún tiempo, Guéméné sentía que aumentaba su admiración hacia su madre. Había llegado á esta conclusión que tomaba por un descubrimiento: su madre debía ser una mujer de una inteligencia superior, y era una lástima que viviese tan retirada. ¿Cómo no había caído antes en ello? «Qué cortos de alcances somos—pensaba—los que no hacemos más que amar á nuestras madres y no comprendemos su mérito casi hasta el momento de su muerte!» Lo dijo, y su madre tuvo el suficiente talento para echarse á reír otra vez.

—Creo que estás equivocado, hijo mío—contestó.—Las mujeres adivinan las cosas más fácilmente y mejor que los hombres. Poseen una ternura perspicaz, que no depende de su condición, que se consagra á sus hijos en primer lugar, y después á todo el mundo. El haberse preocupado muchas veces por la suerte de

nuestros semejantes, por las almas, los cuerpos y las fortunas, es poseer una gran experiencia y casi un salvoconducto. Para no salirse del camino recto en la vida, no se necesita—afortunadamente—una inteligencia superior; basta con aprovechar esa débil claridad que proyectan sobre los callejones las calles muy concurridas. Además, se necesita otra cosa: lo que yo llamo buen deseo.

—¡Esta cualidad sí que es rara!

—Mucho. Decidirse de buena fe; sacrificar lo que nos es querido á lo que es justo; olvidar lo que se ha deseado para ansiar otra cosa; eso es lo difícil y lo que ocasiona las enemistades entre los hombres...

Aquel á quien su madre hablaba de esta suerte, era sin duda demasiado joven. No respondió, pero pensó: «Esto no son más que palabras; nadie puede desear lo que no es de su agrado, no ya siempre, ni siquiera con frecuencia.»

Y transcurrió un año. Al año siguiente, las hayas del camino que hace un recodo vieron pasar á tres paseantes en lugar de dos. Guéméné había llevado á su esposa á la quinta de la Rueca; le había dicho: «Mi madre ha cambiado mucho desde hace seis meses; está muy débil; es necesario tratarla con muchas consideraciones; si te pide que nos vayamos á vivir con ella, claro está que no lo haremos, pero déjale que se haga esa ilusión.» El día de la despedida, la madre bajó con sus dos hijos hasta la playa en donde atracaba el bote. Ella misma lo desamarró y dijo:

—¡Hasta el año que viene! Confío en que entonces seremos cuatro.

Pasó mucho tiempo. La señora de Guéméné había envejecido mucho, tanto que para ir á esperar á su hijo había tenido que pararse al comienzo de la cuesta bordeada de hayas. No era éste el regreso alegre, esperado, preparado durante once meses de soledad. Los árboles, sacudidos por el viento frío del mar, agitaban más ramas secas que hojas. Guéméné volvía arruinado, desesperado. Abrazó llorando á aquella criatura acabada por los años, y cuyo rostro desaparecía bajo infinidad de toquillas. La anciana no le echó nada en cara; tuvo la sublime caridad de afectar que creía cuanto él decía, y la de escuchar hasta el fin á un hombre á quien la pena hacía desbarrar. «He tomado una resolución—decía—que te agradará: me vuelvo á la quinta de la Rueca; ya no sirvo para nada; ya no trabajaré más, y no debía haber trabajado, puesto que he sido vencido; viviremos juntos; te pido hospitalidad.» Cuando concluyó de decir estas frases retumbantes é inútiles, la señora de Guéméné levantó una mano que temblaba ligeramente, como cuando firmaba un contrato de arriendo. «No—dijo—la administración de mis tierras será muy fácil desde hoy en adelante; tú sirves para algo más; acabo de vender dos granjas; con el importe de una pagarás tus deudas, con el de la otra podrás seguir la vida que hasta ahora has llevado.»

El hombre que me contaba estas cosas, una tarde de

otoño, en los acantilados de la bahía, me señalaba el barranco en el que se mecían las copas ya amarillentas de las hayas. Y añadió:

—Algunas veces me he atrevido á hablar de mi carácter, de mi energía y de mi abnegación; pero ante estos árboles ya no hablo de ello.



XXV

Los ojos.

Los hay que lo dicen todo; los hay que no dicen nada; la mayor parte sólo expresan una ó dos cosas, siempre las mismas.

Desde que la literatura comenzó á celebrarlos, en prosa ó en verso, nuestros ojos son un asunto que aún no se ha agotado. En ellos busca el amor y rara vez el pensamiento. Nos tratan muy mal infinidad de poetas que no escriben para disgustarnos. En nosotras sólo aman el amor que por ellos sentimos ó podamos sentir, y nos condenan á representar siempre el mismo papel y á no pasar de cierta edad. Algunos, los más grandes han dado muestras de un realismo extraordinario. ¿No es Homero el que habla de diosas y de mortales «de ojos de becerra?» Quería expresar el gran tamaño de esos ojos, su placidez, sus densas negruras en las que sólo se reflejan los campos y las hierbas. Gustaba de emplear imágenes pastoriles. Y confieso que ésta, por desagradable que sea, la he